

EL HOMBRECITO

Jan Parteso

## I

En la alta montaña las hijas de don Ramón creyeron ver el duende. Nidia aseguró a su hermana haberlo visto cruzar y esconderse tras el ancho y rugoso tronco de un mandúl florecido que aromaba el paraje. Amparo, la menor, se quedó mirando y sin ver nada, emprendió carrera para la casa. Nidia la siguió. Pasaron rápido el puente y al cerrar la puerta Amparo volvió a mirar hacia el mandúl. ¡Lo vió! O creyó verlo. Volaban por el camino mientras un hombrecito veía sus falditas al viento como dos mariposas revoloteando, de esas que a trechos colorean la región.

— Eso les pasa por andar por ahí —dijo Germán, el hermano mayor.

— Les estábamos llevando el almuerzo a Hugo —protestó Nidia.

— ¿Dónde fue? —se interesó don Alfonso, el vecino.

— Por el mandúl, cerca de la finca del doctor Borrero —contestó Nidia.

— Yo también lo ví —confirmó la niña.

Al día siguiente Germán llevó la comida a su hermano. Se olvidó del asunto al ir pero, al regresar, se acordó al pasar junto al árbol: todo normal.

— ¿Cómo era? —preguntó el padre a las niñas.

— Seguro se había ido cuando pasó Germán —interrumpió Nidia.

— Sí; pero ¿cómo era?

— Bajito. Normal —lo describió.

— Un hombrecito —dijo Amparo.

— Que vaya Germán a llevarle el vianda a Hugo; yo no voy —se resistió Nidia.

— Puede ir usted. Se va por donde doña Rosa —replicó Germán.

— Mejor volvamos a averiguar —dijo el señor.

— Bueno.

A las cinco de la tarde se escondieron en un mameyal próximo el mandúl y estuvieron hasta casi entradas las siete sin notar nada.

Esa semana las obligaron a llevar el almuerzo a Hugo que estaba arando con bueyes para sembrar un lote de caña.

Las niñas cumplían su tarea con miedo.

Fué Hugo quien volvió a hablar del hombrecito. Lo vió precisamente entrándose al mameyal.

La gente de la región creía que en esa montaña salían los espíritus, no por lo que les pasó a las niñas, sino de siempre, porque los caballos corrían por las noches y aparecían con trenzas, los hombres veían bultos o escuchaban ruidos y a las mujeres le tiraban terrones u ocultaba el azafrán, las matas de escoba.

— Lo de las trenzas son los murciélagos.

— Alguna clase de pájaros —comentaban los incrédulos.

— No —dijo don Modesto —Esos son los estribos que hace el Duende para no caerse.

La mayoría se abstenía de ir por ese camino; para los demás eran habladurías. Hugo era uno de ellos, así que al oírlo comenzaron a darle importancia al caso.

Hugo decidió “puestiar” al hombrecito y en compañía de varios amigos subió a las cinco. No vieron nada.

— El Duende se esconde a esa hora —dijo el Inspector.

— Mejor buscarlo a las diez de la mañana que sale a la quebrada —dicen.

Se pusieron de acuerdo y madrugaron. A las cinco de la mañana se hicieron detrás de una piedras, se cubrieron con ramas, esperaron el amanecer.

A las 9 el hombrecito saltó a una piedra que calentaba un rayo del sol, se agachó, tomó agua y se lavó la cara. En eso Hugo le lanzó la atarraya y lo atrapó. Todos acudieron para no dejarlo salir. Lo golpearon.

Con bejucos y lazos lo amarraron de pies y manos.

Lo llevaron al pueblo.

El Inspector lo metió al calabozo y cerró la puerta con llave y candado.

— Está detenido —le dijo malhumorado.

El hombrecito no respondió. Tenía la boca reventada por los plomos de la atarraya.

La noticia voló.

## II

Don Ramón quería castigarlo por meterse con sus hijas. Los agentes no lo dejaron pasar. Los vecinos se habían congregado frente a la Inspección.

Entró el sacerdote.

No eran pocos los que tenían curiosidad por saber qué pasaría cuando el cura le presentara la cruz y le echara agua bendita.

Sentado en un rincón con sus ojos grandes de niño asustado, el hombrecito vió al cura hacer sus exorcismos y el cura, al terminar, se dio la bendición y concluyó que tal no era ningún duende ni espíritu sino un joven asustadizo y debían dejar en libertad.

— Es el Duende —dijo Hugo.

Las niñas lo reconocieron.

— A las niñas no se les puede creer todo lo que dicen —opinó un vecino retirándose del lugar.

— ¿Para qué más prueba? —repuso otro campesino. —Desde que el río suena es porque piedras trae. Ahí está.

Don Ramón se asomó por el ojo de la cerradura y lo vió: bajito y con sombrero grande.

— Es el mismísimo Duende —dijo.

— Por favor, don Ramón, retírese —dijo uno de los policías del puesto. —Esta bajo nuestra custodia y responsabilidad.

— Mañana lo entregaremos a la Gobernación —decidió el Inspector, cortando toda discusión y evitando que se exaltaran los ánimos.

### III

De nuevo lo metieron al costal y cosieron el costal con aguja capotera.

Lo llevaron a la oficina Jurídica y al abrirlo; ni rastros, sólo un montón de chumbes.

El Secretario de Gobierno, que enterado por el Inspector del traslado del capturado a la Oficina Jurídica, había asistido con el jefe de seguridad del edificio para recibirlo, se disgustó muchísimo, se puso colorado de la ira:

— ¡Inspector!

— Sí, doctor..

— ¿Qué es la burla?

— No doctor.

— No sea ridículo.

— No, doctor.

— Pase inmediatamente a mi Despacho

— Sí, doctor.

En la oficina el señor Secretario de Gobierno no dejaba de moverse.

— Es inaudito —comentó el jefe de Seguridad.

— ¡Cómo es posible!

— ¡A qué extremo hemos llegado!

— Verá doctor, si me permite.. —solicitó el Inspector.

— Diga —lo autorizó el doctor.

— No se si va a creerme o no, pero lo cierto es que se dice que ese hombrecito era el Duende..

— ¿El Duende? No me diga. ¿Cree usted en esas cosas?

— No sé, doctor.

— Más vale se retira ahora mismo antes de que otras muy concretas sucedan contra usted.

No había terminado de decirlo cuando una carcajada se escuchó en todo el edificio. El secretario de Gobierno calló. Se asomó al corredor.

Con gesto interrogante miró al Inspector.

— Dicen que los duendes no hacen esas cosas.

— No parecía normal —comentó el jefe de seguridad.

— Son... dicen que son los espíritus que los persiguen. Dicen que así como el titiribí molesta al aguilucho, los espíritus de las cañadas molestan a los duendes.

— ¿Si?

— Sí. La razón es que por desterrar al Duende la gente tumba los montes y los que salen perdiendo son ellos.

— De manera que usted insiste —dijo el Secretario de Gobierno.

— Pero si son supersticiones —recalcó el jefe de seguridad con arrogancia.

#### IV

Prácticamente lo echaron de la oficina. En la chiva\* que los llevaba de regreso al pueblo iba también un señor bajito con huellas de haber tenido las manos amarradas. El sombrero lo llevaba tapado con la ruana. El policía le pidió un fósforo y el señor frotó el dedo anular con el pulgar de donde salió una llamita con la que el policía prendió el cigarrillo.

— Gracias —le dijo.

El agente no cayó en cuenta pero a Hugo le pareció raro que después no botara la cerilla.

Poco antes de llegar a La Balastreira lo volvió a mirar. Después fué el señor de la ruana quien lo miró a él. Al llegar al río, el Hombrecito pidió al conductor que detuviera la marcha. Al bajar a nadie le importó, excepto a Hugo que pensó que no podría ser otro.

— Este es el sitio donde asustaron a mi papá —dijo Heladio.

— ¿Qué le pasó? —preguntó el Policía

— Iba madrugado y oyó llorar en el zanjón a un niño. Pensando que lo habrían abandonado, lo recogió. En el Carmén lo sintió pesado y en Tocota un poco más. Ya bien adelante el niño habló..

— ¿Qué dijo?

— “Fíjate que tengo dientes” —contó Heladio, prosiguiendo. —Mi papá inmediatamente lo tiró al suelo, pero no cayó.

— ¿Qué pasó? —dijo Hugo

— El dice que lo tiró pero que no lo vió ni lo oyó ni lo sintió caer.

— Se desvaneció.

— Pues son cosas de las que uno no sabe ni qué pensar. Hay quienes dicen que uno mismo las lleva, y que salen estando uno unas veces dormido, y otras despierto —dijo el policía.

El cura recriminó la ignorancia y credulidad de la gente en el sermón del domingo. Expresamente se refirió a las últimas andanzas del Señor Inspector con otros muchachos fantasiosos e irresponsables, subrayando su proceder incorrecto y fuera de



la realidad. El sacerdote advirtió de los peligros de esas confusiones, aludiendo a la captura de un inocente. Le pareció justo que algún alma caritativa lo hubiera dejado ir, según se rumoraba. Así mismo aprovechó para hacer una disertación sobre la inexistencia de los seres fantásticos y recordó sobre el particular los históricos argumentos de Fray Benito Jerónimo Feijóo.

## V

Esa noche las campanas despertaron a los vecinos. El sacerdote tuvo que ir a pararlas. Les habían anudado piedras a los rejos. Al bajar del campanario los campesinos lo miraban asombrados, y el cura, que no sabía qué decir, enmudeció definitivamente al ver que los caballos de los Macías aparecían a todo galope arreados por una bandada de pájaros blancos como canarios.

El sacerdote entró a la iglesia y estuvo reflexionando y orando hasta el amanecer. A las seis ofició la misa de la aurora.

## VI

El hombrecito una mañana en que la menor de las hijas de don Ramón iba a comprar leche donde doña Esneda, la raptó. A la hora su madre estaba disgustada por la tardanza. Poco después mandó a Nidia a buscarla.

— No ha venido —dijo doña Esneda.

Nidia pensó que podría haber ido a la finca de don Carlos Tabares.

— No, hija; no la he visto —dijo.

Preguntó a quienes encontró por el camino: nadie daba razón de ella; ni sus compañeritas, tampoco en la escuela; en ninguna parte. Parecía como si se la hubiera tragado la tierra. Sus padres estaban desesperados. Doña Mercedes encendió una vela a Santa Lucía y rezaba con devoción. La acompañaba doña Fanny con sus dos hijas Zoraida y Rafaela.

Las oscilaciones de la llama reflejaba los colores de sus vestidos, el blanco mate de la falda de doña Mercedes y en la casa, sus ojos opacos, su inesperada tristeza. Veloz llegó la noche y se ensombrecieron sus esperanzas.

A las cuatro de la mañana don Ramón despertó a sus hijos para ir a buscar al hombrecito aquel. Se terció su peinilla a la cintura. La oían o creían oír la sollozar en la quebrada. La dificultad en ubicarla los atormentaba. Al verlos regresar doña Mercedes sin ella se acostó a llorar bocabajo en su cama, desconsoladamente.

— Se oyó llorar en la quebrada —dijeron.

Tomaron una taza de café y se fueron a rodear por los lados del mandúl. Esta vez no escucharon nada, no vieron nada. El día pasó como el viento; tras él quedó la cruda realidad de la ausencia de la niña. La cama vacía. Dos muñequitas de trapo sobre el tendido; el libro de lectura en el nochero junto a los lápices de colores con sus puntas quebradas. Los zapatos de caucho.

Por sugerencia de algunos vecinos colgaron varios tiples destemplados en distintos sitios del monte. Días después los encontraron quebrados, todo menos uno.

— Sin duda es seña de que él anda por aquí. Todavía hay esperanzas.

— dijo don Alfonso con cierta alegría.

Duende o persona, don Ramón deseaba cogerlo por su cuenta.

Motivados por este hallazgo hicieron una minga para registrar la montaña palmo a palmo, pero no, no encontraron ni seña. Los días continuaron sucediéndose unos a otros; doña Mercedes estaba demacrada, a Nidia nada le apetecía. La familia se veía obligada a la honda pena de creerla perdida para siempre.

Una mañana que Hugo llevaba a “Limón” y al “Banderillo” escuchó música de cuerda, una tonadilla elemental y pegajosa proveniente del mandúl, que se repetía. Arreó los mansos animales enrutándolos por la senda del arado que les era conocida y se entró al mameyal. Los vecinos se hacían la pregunta, de porqué habían quebrado todos los tiples menos ese. Hugo creía saber el secreto. Atravesó el monte hasta aproximarse. Cuando pudo ver el árbol la música hacía poco había cesado. En la base del tronco estaba el instrumento. Se acercó y al cogerlo lo encontró caliente.

— Hugo —lo llamaron.

— Sí ¿Quién?

— ¡De manera que eres tu!

— ¿Quién habla?

— El Padre Jenaro —dijo, saliendo del rastrojo que cubría la entrada de una cueva.

— No, no..

— “Ver para creer”, decía Santo Tomás —dijo sentencioso.

— No..

— Si te he visto.

— No..

— Pero si lo tienes en tus propias manos, hijo.

Hugo, aturdido, no atinaba a explicar la situación y notando un extraño parecido en los ojos del Padre Jenaro con los de aquel hombrecito, miró a su alrededor.

— ¿Qué te pasa, hijo?

— Nada.

— Ven —le dijo acercándosele con una actitud desconocida.

Hugo retrocedió sin quitarle los ojos ni un segundo a su inesperado aparecido. Sin pensarlo dos veces emprendió carrera.

Luego, con Heladio hijo, fueron a la iglesia. Quería cerciorarse.

## VII

Entraron a la casa cural por parte de atrás, donde el sacerdote cultivaba una linda huerta con pepinos, tomates, perejil, pimientos, rábanos, lechugas y yerbas medicinales. Don Elías, su ayudante, estaba ahí, con el azadón, pero ellos pasaron de largo.

Se quedó mirándolos. Al verlos salir continuó limpiando el terreno.

— ¿El Padre?

— No está.

Los jóvenes se miraron. Don Elías preguntó:

— ¿Qué pasa?

— Nada, don Elías. Es que necesito hablar con él —dijo Hugo.

— Es importante —explicó Heladio.

— Se fue para el Queremal desde esta mañana.

— ¿Cómo estaba vestido? —preguntó Heladio.

Los tres voltearon a mirar un ventanal de la iglesia que se golpeó.

— Doña Mariana que está haciendo el aseo —quiso aclarar don Elías.

— ¿Recuerda usted? —insistió Hugo.

— ¿Qué?

— ¿Cómo estaba vestido?

— A ver.. Pantalón kaki, chaqueta café. No llevaba sotana. ¿Por qué?

— Después le explico —dijo Hugo, mirando a su compañero, alarmado.

La descripción no concordaba.

— ¿Qué? —preguntó don Elías.

— No —dijo Hugo.

— Pero, ¿qué pasa, muchachos? —insistió con la autoridad que dan los años.

— Lo del Duende.. —respondió Heladio.

— ¡Todavía andan ustedes con esos cuentos! No muchachos.

— Luego ¿no sabe usted lo de la noche de las campanas?

— Puede creer uno y puede creer dos, pueden creer tres y todo el pueblo. Verán muchas cosas. Siempre ha sido así. La gente es así: mitos, historias, leyendas, habladurías —dijo. Luego, en tono regañón, agregó: lo único cierto es la muerte. Mientras tanto la verdadera oportunidad de la vida es un trabajo con el cual se pueda expresar el hombre. No pierdan tiempo buscando fantasmas —y prosiguió su paciente labor. La aseadora se asomó al ventanal. Hugo y Heladio decidieron volver en busca de aquel aparecido.

## VIII

Ya salían de la casa cural cuando la aseadora corrió a su alcance. Don Elías la vió pasar y advirtió que antes no había tenido tanta prisa. Su falda parecía una bandera agitada por el viento. Era más del aire que de la tierra o de su oficio.

— Señores, yo lo ví.

— ¿A quién? —preguntaron.

— Al Duende —pasó empujando los ventanales. Debe estar muy disgustado para andar por los tejados de la iglesia, y hasta se atrevió a entrar a la habitación del padre.

— ¿A qué hora lo viste?

— Cuando salió el Padre; por ahí a las nueve y media. Dejó todo revuelto

— dijo la aseadora dándose la bendición con la camándula.

— Gracias —le respondieron y apuraron el paso.

— Tenga cuidado —les gritó.

El hombrecito viendo que el padre Jenaro y los muchachos se iban a encontrar soltó un cochinito que enseguida escucharon. El padre supuso que se trataba del alma de algún condenado o de una encarnación del diablo; los muchachos creyeron reconocer un marranito de los de don Joaco y salieron a perseguirlo haciendo tal ruido sobre las hojas secas que al padre Jenaro no le quedó ninguna duda. Bajó convencido, él que siempre había sido un escéptico, que efectivamente la montaña había sido tomada por los malos espíritus. En el camino pensó que lo más conveniente sería levantar algunas cruces.

Al llegar a la casa y saber de la intromisión en su cuarto pecó de ira y tuvo sed de venganza.

## IX

El hombrecito tenía sus motivos. La cueva de donde salió el cura era la misma donde él tenía la niña. Solo que prefería la salida a la cañada y, de vez en cuando la que da al mandúl. Si no se hubiera devuelto cuando Hugo tocó el tiple, lo habría encontrado.

Hombrecitos como él son del lugar como los gatos, por eso cuando la gente se muda de casa los gatos se quedan. A él no le gustaba cambiar, tampoco. Era lo que en los últimos tiempos más lo había disgustado; tener que buscar otro sitio ante la persistencia de Hugo y los frecuentes paseos del cura.

Amparito estaba pálida y delgada. No comía las frutas que le llevaba. Sólo cuando el hambre la acosaba y veía que ya no resistía, tomaba alguna que otra guayaba, naranja o granadilla. Las guamas le hacían daño, también las pitahayas y con la leche de un

cáimo se había quemado los labios. El cabello lo tenía largo y sentir las manos del hombrecito enredándole su pelo la hacía desgraciada. El hombrecito le contaba historias de otros parientes suyos y niñas que vivían muy felices y le pedía que olvidara a sus padres y a sus hermanos y lo quisiera sólo a él y para siempre.

Cuando le hablaba así, ella lloraba.

Al principio quiso huir y por eso la amarra. Ahora pocas veces la suelta. Alguna vez le ha permitido caminar por la cañada por los lados del mandúl, pero cuando está afuera no se aleja. En alguna ocasión llegó a jugar con él y hasta estuvo contenta. Eso fue antes de que intentara escaparse. La cuida mucho.

Amparito permanecía atenta a la menor oportunidad. Últimamente tenía miedo al verlo irritado por las venidas del cura por las cercanías, la llegada a la cueva y la insistencia de su hermano. Amparo escondió el peine de cacho y esa noche él no pudo peinarla. Totalmente contrariado se desveló. Al día siguiente entró al criadero de caballos de don Samuel y cogió varios peines que mantenían colgados de los garabatos del monturero. Desde la mitad de la loma pudo ver al cura hablando con Hugo y Heladio. Terminó de subir rápidamente, sacó a la niña y se la llevó.

## X

El Cura, el Inspector, Hugo y Heladio, junto con los policías llegaron directamente a la cueva, por la entrada cercana del mandúl y la encontraron vacía. Todo indicaba que poco antes había estado ocupada. Con cuidado, pero con curiosidad, la inspeccionaron. Les llamó la atención un nido de crin y plumas que parecían ser



donde dormía. También herraduras, pedazos de peines, clavijas, tres sombreros de fieltro viejos y un tiple. A unos trece metros de la entrada, dentro de la cueva, hallaron una cómoda con tres cajones. En ellos había diademas, collares, zarcillos y pendientes, varios espejos. El cajón de arriba parecía de su uso personal pues en él encontraron prendas suyas como unos zamarros pequeños, un pantalón y la ruana que Hugo reconoció. Lo que más los sorprendió fue una extraña fotografía del hombrecito que venía en la chiva. Había sido tomada en el Alto de la Bandera en épocas muy remotas. El lugar era fácilmente reconocible por descollar entre todos los picos de la cordillera. No obstante no se veía la antena de la televisión ni la carretera que horadaba el cañón con sus largos túneles ni aún el ferrocarril cuya línea corre paralela al río. La fotografía por tanto tenía más de 150 años o habría de tenerlos según el tiempo de aquellas primeras obras de ingeniería recordadas en la memoria del pueblo. Los zamarros, las herraduras y los sombreros eran de la época de los Españoles. Por los rasgos del hombrecito de la foto y por su vestimenta, podría ser el Abuelo del Duende.

— Nunca he oído hablar de él —dijo el Cura.

— El Duende no tiene tiempo; no es como nosotros —precisó el inspector.

— Si tiene este tamaño es porque alguna vez fue más pequeño —opinó Hugo

— ¿No será siempre así? —dijo el inspector.

Uno de los policías intervino:

— Yo he oído hablar del Duende aquí, en el Quindío, en Risaralda, en todas partes.

Eso quiere decir o que hay muchos duendes o que el Duende está en todas partes.

Esto último me parece absurdo. Lo que yo creo, más bien, es que debe haber una familia, como los humanos.

— Distintas familias porque los de la costa atlántica hacen bondades y los de por acá, son malignos y perniciosos —dijo el Inspector.

— No pequen —dijo el Cura —No es sano darle cabida a esta clase de inventos. A pesar de todo lo que se dice y siga diciendo la imaginería popular, es producto de la ignorancia, resultado lamentable de nuestro analfabetismo.

— Pero, Padre ¿cómo dice eso ante la evidencia? —argumentó Hugo.

— Si no te conociera, al verte tocando aquí el tiple, el otro día, habría afirmado que tu eras. Lo que ahora estamos viendo son pertenencias humanas; todas estas son prendas y objetos de la gente. Nada hay que pueda decirse, que es del otro mundo. ¿No puede ser esta cueva el escondite de un delincuente, de un sátiro, de un secuestrador? Tu mismo dices que viste a un señor como éste, al volver de la Gobernación.

— No podemos olvidarnos de la astucia y la maldad de la gente —dijo con voz reveladora otro de los policías. De inmediato el Inspector lo contradujo revolviendo la crin:

— Esta es la Cueva del Duende. No hay duda.

Y de la crin revuelta se expandió un fuerte olor a orines de caballo.

— Mi lógica es distinta —repuso el policía. —Yo les temo más los vivos que a los espíritus. Y si aquí nos descuidamos nos encierran a todos. ¿No será esta una trampa?

—enseguida salió y se sentó bajo el árbol limpiando con esmero su fusil.

Los demás terminaron de inspeccionar. Al final Hugo se quedó con la foto y los sombreros. Varios días esperaron camuflados. Se relevaban. Así se cumplió una semana y dos. Vino un mes y otro hasta esfumarse las esperanzas. La niña estaba perdida.

## XI

Fue por mayo que Nidia sintió que le tiraron terrones en la quebrada que se supo que el hombrecito había regresado, mas no a la cueva porque la trampa que dejaron armada, seguía intacta. Los padres de la niña se preocuparon muchísimo y las mamás no dejaban solas a sus hijas.

— No se aparte que se la lleva el Duende —decían.

— No se aleje que le pasa lo de Amparito —advertían.

Las niñas fueron, por tanto más, atentas y obedientes, aunque un día al salir de la escuela, entre juego y juego, dejaron en el olvido todos los consejos y recomendaciones. Se subieron a un guamo donde amarilleaban tentadoras granadillas.

Estaban allí, moneando, cuando Nidia sintió que le pegaron.

— Ruca, no me tirés cáscaras.

— No te he tirado nada —contestó.

En esas le pegaron a Ruca y fue ella quien protestó.

— Nidia, no te hagás la boba..

— Fue Nayibe.. —dijo.

— ¿Yo? —dijo la acusada. —Yo no he sido.

— Entonces es el Duende.. dijo Ruca.

Se tiraron de rama en rama y a carrera tendida dejaron el cafetal. Se atropellaron al pasar la puerta de trancas que da al callejón donde vieron agitarse bruscamente la cañabrava. Un sombrero ancho paso sobre sus cabezas. Parecían gallinas perseguidas por el animal. Nayibe se cayó raspándose las rodillas y quedó paralizada del susto, pálida, sin respiración esperando cayeran sobre ella las desagradables manos del Duende.

Con los gritos apareció doña Dioselina con un perrero persiguiendo a los muchachos de la escuela, que por asustar a sus compañeras habían pisado la tomatara. Les abijó los perros y los correteó con ganas de darles una buena muenda\*. En la huída se aruñaron con las matas de piñuela.

La señora recogió el sombrero y ayudó a las niñas que estaban llorando.

La broma llegó a oídos de don Ramón; se disgustó tanto con Beto, el menor de sus hijos que después de darle fuerte lo amarró con una manila a un aguacate, al lado del lavadero. Le puso el sombrero. No permitió que nadie le diera nada.

A la una de la madrugada el hombrecito entró al jardín.

## XII

Los gansos graznaron; el perro dormía en el corredor. El olor del jazmín era intenso y un vientecillo fresco lo llevó hasta Hugo. Tenía los ojos bien abiertos. Estaba desvelado. El hombrecito se aproximó hasta el niño y le quitó el sombrero sin que se diera cuenta. Estaba dormido. Las estrellas eran muchas y alumbraban la cocina. El

hombrecito pasó a ella. Se quedó quieto al oír traquear una tabla; Hugo guardó la respiración. La noche era azul y fresca. Hugo se arropó con la cobija. El ruido que hizo una taza al caer al piso en la cocina, llamó su atención, pero los chillidos y carreras de las ratas peleando no le dieron otras preocupaciones.

Llegó el Juez comisionado para la investigación por la desaparición de la niña. El funcionario entregó al inspector una nota que le enviaba el señor Secretario de Gobierno, presentándosele y solicitándole le diera toda la colaboración. El caso fue radicado como secuestro o raptó contra N.N., Alias el Duende, según denuncia formulada por don Ramón.

Las cosas volvieron al principio cuando el funcionario instructor inició la recepción de las declaraciones respectivas. Era cuestión de creer o no creer. Lo cierto fue que todos los vecinos comenzaron a hablar del Duende, de las Brujas, Bultos de noche, de las Ánimas y la Pata Sola. Al final de esa semana el expediente había crecido hasta ser un mamotreto que don Mauro, el secretario, manipulaba con cuidado y amarraba con una piola.

— Mañana sábado practicamos la diligencia ocular —dijo el Juez a su Secretario, en la tienda La Vieja Guardia.

— Antes de salir encabezó el acta —respondió.

— Allá la podemos hacer, o mejor, no; para no cargar la máquina, toma nota en la libreta y después la vaciamos en la Inspección.

— Más práctico —asintió don Mauro.

— ¿A quién nombramos de perito? —consultó el Juez a su ayudante.

— Al señor Roque.

En compañía del inspector y un policía se sentaron a tomar cerveza.

El tema no podía ser otro que los aparecidos. Llovía.

— No se lo tome a burla, Doctor —dijo don Roque reconviniendo al Juez.

— De verdad doctor González —dijo el inspector. —Que los hay, los hay.

El doctor Enrique González se rió de buena gana, enseguida rió el secretario con menos convicción y aún el propio Roque al oír las carcajadas del Juez.

— Yo los he visto —dijo don Alfonso.

Y el Juez tuvo que cogerse el estómago de la risa. Don Roque se puso serio. En eso entró don Ramón. El doctor González calló y se levantó a saludarlo.

— Ya conseguí los caballos, Doctor. Mañana a las siete estarán en la Inspección. No hay que preocuparse por las monturas, ni por aparejos, que de eso se ocupan mis hijos.

— Muchas gracias.

— No Doctor, gracias a ud. Bueno, hasta mañana. Un permiso.

— Siga, don Ramón.

— Hasta mañana.

Poco después también el señor Juez y su secretario se despidieron. El Inspector los acompañó para indicarles la habitación.

Al quedar libre la mesa la tomaron los campesinos.

— Estos no creen —dijo don Roque. Pero que los hay los hay —repitió.

— Sí, eso es seguro —convino Damián. Las ánimas existen, la propia iglesia lo admite. Y que en esta región ronda el Duende es tan cierto como que se le llevó la hija al pobre Ramón.

— Brujas que se convierten en pavos y extravían a la gente, como lo cuenta el primo de Clodomiro.

— A don Heladio también le pasó por la puerta del Chilcal, cerca al puente donde se cayó la yegua del doctor Rufat.

— Sí

— Mohan si no hay por aquí.

— No.

— Pero Madremonte y Madre d'iagua, sí.

— La más peligrosa es la Pata Sola, o la Vieja como le dicen algunos.

— Es que son distintas.

— Pero a las dos hay que tenerles miedo.

— No son cosas de ahora; los antiguos las contaban.

— El doctor no cree.

— La mayoría de la gente de la ciudad, no cree. El estudio los hace orgullosos y soberbios y después miran a los del campo con superioridad.

— Pero en la ciudad también hay aparecidos.

— Lo que pasa es que el ambiente es distinto. Vean. A mí me contó un taxista que un día lo paró una mujer para que le hiciera una carrera y al llegar a la dirección, ya no estaba, sin embargo quedó el humo del cigarrillo que estaba fumando al subir.

— Y la mujer de Blanco que sale a las doce en el parque de la Catedral.

— Verdad; la gente de la ciudad habla del campesino pero no se fija que en la ciudad sucede lo mismo.

Don Roque contó:

— Lo del primo de Clodomiro sucedió en Felidia. Iba con tragos y se encontró con un amigo que le dijo que no pasara por el cementerio por que asustaban, pero como él iba copetón\* no hizo caso. Al pasar por el cementerio lo silbaron; no vió a nadie. Lo volvieron a silbar y tampoco. Vio dos bimbos. Luego unas carcajadas cuando se enredó las piernas con unos bejucos y quedó atrapado hasta el otro día. Exactamente al amanecer oyó otra vez la carcajada y se encontró libre, como si nada.

— Eso es común por estas tierras —dijo Damián. —Y volviendo a referirse a la ciudad contó: Cuando Octavio prestaba servicio militar en Armenia, después de pasar una tarde con su novia, la vió aparecer con su mismo vestido, por la noche. El hacía guardia y ella le hacía señas insinuándole que se acercara. Octavio al detallarla la vió con el pelo más largo. Ya cerquita la notó que tenía un colmillo y que no era su novia. Le tiró con el fusil que no tocó nada. También se oyó esa carcajada y desapareció.

— El propio Clodomiro pasando el puente sobre el Charco del Ahogado, precisamente en esta loma, sintió que algo avanzaba a su encuentro al mismo tiempo.



Al sentir su roce le pegó una patada y cayó al río. No supo qué o quién, pero oyó sonar el agua batida.

— Eso fue una mala sensación

— Cosa grave sí es la Patasola —dijo Damián. Lo que cuenta Humberto de un caso allá por el río La Vieja, eso sí es escalofriante, terrorífico. Sucedió lo siguiente: A dos leñadores los sorprendió la noche en el monte y buscaron refugio en una casa abandonada. Allí, para su desgracia, solía llegar ese espíritu maligno. “Uuu – ja – ja – ja”, escucharon su grito. “Es la Pata Sola” —le dijo el uno al otro. -“Si la oímos lejos está cerca; si la oímos cerca está lejos” —agregó. Su amigo le propuso que fueran y él no aceptó. Volvió a oírse su grito lejos, lejos. Ambos sintieron miedo, pero el uno se escondió en el zarzo y el otro corrió al monte y salió a un mangón. Oyó el grito cerca, cerquita. Se hizo próximo a una vacas de ordeño que pastaban y esperó resignado a la suerte que le deparaba el destino. Al amanecer dio gracias a Dios y llamó a los trabajadores de la hacienda para ir a buscar a su amigo pues temía que por ahí pudiera encontrarse aún la Pata Sola. Fue otra la de su compañero, pues al entrar descubrieron una gotas de sangre y en el zarzo, el cuerpo de su amigo.

Escampó y salieron de la tienda. El pueblo quedó en silencio. Las luces apagadas, todas, incluso la de la Inspección.

A las siete llegó Hugo con los caballos. Con ellos amarrados frente a la Inspección se dispuso a esperarlos. Raúl pasó llevando un novillo enlazado; el Mono, montando en Califa, lo iba arreando. A las 8.1/2 salió el Juez. Enseguida se presentaron los policías, el Inspector y llegó don Roque. Los curiosos los rodearon.

El doctor González había subido a su caballo, pero tardaba don Mauro. No encontraba su ropa, sus zapatos. Todo estaba traspuesto; los cordones anudados. Don Mauro con la libreta de apuntes en la mano, ya montado, se le acercó a su jefe. Pasaron por la casa de doña Rosa y más adelante frente al cafetal de doña Dioselina. Cerraron la puerta de golpe, acceso a la finca del doctor Borrero y comenzaron a subir por una pedregosa carretera abandonada que terminaba en un empinado y estrecho camino.

El secretario intentó nuevamente acercarse al Juez.

— Doctor González.

— Sí, don Mauro ¿qué le pasa?

— Me parece que debo comentarle que anoche desapareció el proceso.

— ¿Cómo?

— Sí, doctor.

— Habrá olvidado donde lo pusiste; con las cervezas de anoche..

— No, doctor; usted me conoce. Lo puse junto con el revólver en el anaquel y al revólver lo dejaron en otro sitio.

— Lo habrá extraviado.

— Lo han cogido.

— ¿Qué se les ofrece? —preguntó don Roque.

— Nada; muchas gracias. Está peligroso este camino.

— Un poco más adelante saldremos a una planada donde hay unos naranjos.

— Los animó.

— Sigamos —respondió el doctor González.

Media hora después llegaron al naranjal cerca al cual el propio Juez encontró algunas plantas trenzadas, como las que sacan los fieles el Domingo de Ramos.

— Las trenzas del Duende —dijo don Roque.

Esta vez el Juez y su Secretario no rieron.

Don Roque se desmontó del caballo y entre un matorral arrancó una trenza de bejucos delgados, muy bella.

— Observe ésta —dijo pasándola.

— Había oído decir que hacía las trenzas en los caballos —dijo el Juez.

— Doctor en ésta loma suceden cosas muy extrañas.

— ¿No será alguien?

— Sí, el Duende..

— No; digo, alguna persona.

— Pues, muchos piensan así, pero nadie ha visto hacerlas.

— Es como el nido de las garzas, que nadie sabe donde está —comentó con gracia don Mauro.

Ciertamente —pensó el doctor González —estas gentes se toman en serio a los espíritus. Incluso él mismo no encontraba explicación normal a lo que con sus propios ojos veía. Le resultaba clara que la experiencia que tenía de la realidad no era

la adecuada para entender las cosas que ocurrían en esa región y tuvo la sensación de que algo —no sabía exactamente qué —habría de sucederles. Creyó estar entrando a un terreno ajeno totalmente a sus códigos y a sus leyes, y guardando las apariencias conservó el bejuco trenzado que le pasó don Roque.

— ¿Queda lejos?

— Sin notarlo, llegaremos allá.

La frase era clara, llana, directa, pero el doctor González se quedó pensando que habría querido decir el perito con eso de “sin notarlo..”

— Enseguida llegaron al mandúl.

— Es aquí —dijo Hugo.

— ¿Aquí? —interpeló don Mauro.

— Junto al árbol —señaló.

Lo primero que notó el doctor González fue el tiple. Quiso preguntar qué significaba ese instrumento ahí, pero calló. Se preguntó a sí mismo por qué callaba y admitió que el comentario de la pérdida del expediente y esas cosas que habían encontrado lo habían afectado. Don Mauro no volvió a decir nada; tenía la sensación de que talvez alguno de los acompañantes podría tener algo que ver con la investigación. La insistencia de los campesinos hablando de esas cosas raras podría ser una estrategia, pero, ¿y si fuera verdad? Lo cierto era que en medio de sus cavilaciones los chistes de un policía y la manera de ser de Roque lo incomodaban.

En los primeros mameyes dejaron las bestias\* amarradas. Don Mauro aprovechó la oportunidad para comunicarle al doctor sus temores. Ambos coincidieron en su recelo de entrar en la cueva.

— Tranquilo don Mauro; no hay por qué preocuparse —dijo don Roque, moviendo el rastrojo que cubría la entrada.

La diligencia de inspección no aportó mayores datos a los funcionarios. De regreso, en las oficinas del caserío pasaron los datos a máquinas y tomaron las firmas de quienes intervinieron. Se fueron en el bus de las cinco. En la Balastrera se subió el hombrecito. Se hizo en el puesto de atrás.

#### XIV

Heladio y Hugo jamás creyeron en los resultados del tratamiento judicial respecto de la desaparición de la niña. Veían esos procedimientos muy ceremoniosos, acartonados y al Juez y al Secretario como dos seres fuera de la realidad de sus necesidades sentidas. Los atendieron y estuvieron en la práctica de las diligencias por respeto y porque hay una tradición de llevar a algún lugar el recuento de las penalidades humanas, y eso había hecho don Ramón con la denuncia, sacando un poco su dolor del corazón para dejarlo a merced de la polilla del tiempo.

Hugo y Heladio idearon tender una trampa al hombrecito ¿Sería en realidad el Duende? ¿Siendo el Duende podrían engañarlo?

De todas formas Hugo había dado con una trampa antiquísima. Resulta que una tarde estaba sentado frente al televisor, sin ver con atención y poco a poco se fue

interesando de un programa sobre Grecia. Dió un salto y corrió a casa de su amigo. Ya lo tenía. Era una trampa ideal. Dentro de la mayor reserva los dos comenzaron a reunir los elementos necesarios: la piel, la crin, madera. Nadie debía enterarse. Hugo no dudaba de Heladio. Tal vez así lograrían atraparlo; ¿pero hablaría? ¿Cómo darían con la niña? No; la trampa tenía sus defectos, sus limitaciones. Pensaron abandonarla a causa de que serviría quizás para coger al Duende pero no para dar con Amparo. La desecharon. No vino ninguna idea mejor y por ello decidieron, pasados unos días, llevar a cabo su plan inicial. Desde el punto de vista de su concepción, era impecable. Como le gusta al Duende montar en los caballos de los Macías, consiguieron piel de caballo, hicieron el armazón y colocaron la crin y la cola. En la mata de bambú atraparon varios chamoses. En el potrero de los Macías levantaron el caballo, bajo un pomarroso cargado que atraía aves y murciélagos. La noche era tranquila y la luna que crecía alumbraba también. Arriba, Heladio con los chamoses; al lado y espacioso, Hugo con la atarraya. Faltando un cuarto para las doce Heladio soltó el primer chamón que revoloteó entre las ramas y varios pájaros abandonaron el árbol. Pronto volvieron. Heladio soltó dos más y el árbol se animó. Fue un revoloteo intenso de alas, roces, píos que se iban y venían. Heladio imitó al búho; el búho contestó. Otros pájaros cantaron. Luego todo quedó en calma para dejar oír en la extensión del silencio las primeras carreras de los caballos. el Alazan tenía una herradura floja. Pasó corriendo en la paloma; galopaba trenzando la crin, afianzando la pierna. Le pegaba en el anca con el sombrero. Gozaba. Se acercó al Troyano, bajo el pomarroso y en seco se hundió en la trampa. Cayó la atarraya. Quedó atrapado. El árbol se desnudó de pájaros y se llenó de gritos.

## XV

Lo encerraron en el caballo. Lo escuchaban forcejear y golpear al interior. Allí amanecieron vigilantes. Estaban decididos a todo; incluso a perder su propia vida si fuera necesario. La segunda parte del plan consistía en dejarlo salir para seguirlo. Era indispensable, por tanto, hacerlo aguantar privaciones, para debilitarlo, para que él después saliera en busca de agua y alimento, con ansiedad de ver qué había sido de su cautiva. Pensaron en dejarlo tres noches y tres días pero reflexionaron que éste tiempo podría afectar a la niña y decidieron al segundo quitar el candado y ocultarse entre un chilcal. El hombrecito salió mirando a todas partes, quizás un poco más hacia el oriente y rápidamente corrió a un bosquecillo de lecheros. Ladino como el perro lobo se descolgó por la ladera en dirección al río.

— Te lo dije —comentó Hugo.

— Sí, va para el alto de La Bandera; seguro.

Lo perdieron de vista.

Los amigos no se preocuparon. Con motivo del hallazgo de la foto en la cueva, Hugo había recorrido buena parte de la cordillera y especialmente el sitio donde había sido tomada. Lo más probable era que lo vieran aparecer por la loma del frente, por los colorados.

— Míralo. Ahí va —dijo Heladio y volvió a desaparecer.

El canto de las cigarras era insistente como el calor que hacía. Al llegar a los colorados encontraron sus huellas; iban en sentido contrario a su destino. Siguieron

tras él. Abajo quedó el río con su murmullo entre las piedras. Por donde iban la vegetación se cerraba y el camino se metía en la montaña inhóspita. Podrían sobrevenir sorpresas; entraban a sus dominios. Tomaron sus precauciones. Saltó una ardilla. Un golpeteo como de alas los asustó. Dos perdices.

— ¡Uy! —exclamó Heladio.

— Sentémonos por aquí, un minuto. Debemos pensar por dónde seguimos —propuso Hugo.

— Bueno.

— Debe estar por aquí.

— ¿Por qué? ¿Qué te hace pensar así?

— Observa: las arrieras llevan guayaba.

— El Duende no se come la cáscara.

— Además los guayabos están al otro lado.

Tengamos cuidado.

— Puede estar allá arriba, por los lados del písamo florecido —señaló Hugo.

— Ojo —dijo Heladio.

— Cuando yo era niño, a mi también me llevó el duende.

— ¿Sí?

— Por lo menos eso dice mi mamá

— ¿Cómo fue?

— Yo lo único que recuerdo es que me la pasé jugando con un amigo, un poco más grande que yo, todo un día y mi mamá dice que ese era él.

— ¿Por qué dice eso?



— Como no era de la región. Mi mamá dice que no era hijo de ninguna de las señoras de aquí.

— Pero podría ser de otra parte.

— Eso pienso yo.

— A mi mamá lo que más le hizo pensar que era el Duende fue el sombrero. Igual al que encontramos en la cueva.

— ¿Y qué te hizo?

— Nada; jugamos todo el tiempo. Nos la pasamos cogiendo guayabas y guamas.

— Eso es lo que dicen; que le gusta el juego y peinar a las muchachas.

— ¿Le habrá hecho algo malo a tu hermana?

— ¿Quién sabe? Lo malo es que se la llevó ya hace mucho tiempo; debe estar sufriendo mucho.

— Ojalá no le haya pasado nada malo.

— Y a ti, ¿por qué no te llevó?

— Sí, me llevó; un día entero. Lo que pasó fue que a nosotros nos encontraron mis hermanos cogiendo guamas y me llevaron para la casa.

— ¿Y él?

— Nada; se quedó cogiendo más.

— ¿Eso dónde fue?

— En el cafetal de los Guerrero.

— Entonces, ¿lo reconociste?

— No; yo no. No te digo que para mi fue como si hubiera estado jugando con un muchacho común y corriente. Además, pues es muy natural que en el campo usemos sombreros, ¿no?

— Sí.

— Eso es lo que dice mi mamá. Es difícil saber la verdad. Fijáte: cuando cogimos a este tipito, allá, en la quebrada, pues no había manera de comprobar si era el Duende o no.

— Con el Cura no le pasó nada.

— Suponíamos que era el Duende; o creíamos.

— Había quienes no.

— Todavía no se sabe. Éste, porque lo cogimos montando a caballo.

— Pero ¿y si es un cristiano de costumbres raras? Es que la cosa no es fácil.

— No lo sabemos.

— Para mi, hablando claro, lo único que pienso es que ese hombrecito misterioso puede tener a mi hermana, por tanta vaina que hay; por lo que dice mi mamá; por el sombrero con que lo vieron las niñas el primer día y lo hemos visto nosotros mismos; por lo de esa cueva. Pero no se si es duende o persona; lo único es que estoy decidido a acabar con ésto, de una vez por todas, si es que se puede.

El monte se hizo más tupido. Las nubes pasaban rasantes. El musgo crecía en el suelo y en la vegetación. En el Alto de la Bandera los aborígenes enterraron a sus muertos. Algunos huecos profundos recordaban el paso de los huaqueros perturbando la paz de los huesos, interrumpiendo el viaje del sueño que habita en el aire de las calaveras. Vieron un cementerio de caballos y una yegua blanca cuyas largas crines se

enredaban en los arbustos. A partir de ahí, casi era imposible seguir. Hugo sacó la fotografía.

— Déjamela ver.

Heladio se ubicó.

— Mira, estamos talvez aquí —dijo señalando una pendiente menor. —A unos trescientos metros puede estar la antena.

Llevaba ya algún tiempo en esas conversaciones, cuando pudieron oír el ruido del ferrocarril, el descomunal esfuerzo de la máquina encajonado en el cañón del río. La yegua resopló con gran fuerza, como asustada. Aguzaron el oído. Oyeron unas pisadas y entre las nubes, como de nube o neblina, o como de humo, pasó ante ellos un moreno corpulento trayendo sombras. La yegua volvió a resoplar.

— Es por nosotros —dijo Hugo.

— Lo mejor será que nos orientemos bien y sigamos, porque si no se nos perderá en este monte.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando una ráfaga de viento le arrebató la fotografía que fue a caer a un matorral donde oyeron pír.

— Ten cuidado —advirtió Hugo. —Puede ser el Pájaro Pollo

— ¿El pájaro pollo?

— Sí.

— ¿Qué hago?

— Si se nos aparece tenemos que decir: “Hoy es sábado, día de la Virgen”.

— Voy a recogerla.

Heladio la recogió con rapidez y sin demora volvió a reunirse con su amigo. Los dos oyeron píar de nuevo y su preocupación aumentó. Por un momento quedaron pensativos.

Luego de recuperar la foto y localizar el sitio continuaron en busca de una señal que Hugo había dejado en una de sus venidas anteriores. Se encontraban ya en lo profundo del monte y llegaron donde estaban las ramas que Hugo había cortado indicando la proximidad de la antena.

Resolvieron esperar. Si este era el lugar, como creían, pronto lo sabrían. Permanecieron silenciosos. No podían hacer ningún ruido que delatara su presencia. Aquel píar lo escucharon más cerca. Ocultos esperaron una hora, dos horas. Serían las tres de la tarde. Tampoco deberían dejarse coger la noche. Un movimiento suave sobre las ramas llamó su atención y no dudaron de que fuera el hombrecito.

Era un conejo que huía del hombrecito que salía del matorral contiguo, traía un zapato en la mano como arreglándole el cordón. Casi podían tocarlo. Seguro los olería. El repetido golpeteo de un pájaro carpintero parecía un redoble de suspenso que les hizo tragar saliva. Despacio el hombrecito entró a una trocha; se puso el zapato.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Heladio.

— No nos movamos todavía.

Pasando unos segundos lo siguieron.

La trocha seguía hacia el písano que habían visto. El suelo estaba cubierto de flores a su alrededor. Iban tras sus huellas. Hay duendes que andan descalzos. Eso dicen, pero lo alcanzaron a ver de espaldas. Parecía que sus pantalones fueran de cuerdo, o

tuviera zamarros o fuera cubierto de pelos. Los dos amigos comprendieron que estaban en el sitio exacto de la foto: un añoso higueron. Su fronda alcanzaba más de cien metros. Lo rodeaba un cerco hecho de ramas secas y un verde césped bien cuidado y agradable donde estaba amarrada la niña. Impactado al verla, entre el miedo, la ira y la alegría, Hugo se abalanzó golpeando al hombrecito con fuerza y repetidas veces, y una y otra vez más hasta dejarlo exánime, mientras Heladio la liberaba. Lo dejaron tendido y sin perder un minuto emprendieron el regreso, encontrándose con la cara de la yegua; el extraño aliento que salía de sus ollares parecía marearlos. Pasaron por un lado ligeros llevando a la niña. La yegua siguió hacia el higueron dando saltos pues solo tenía tres patas.

— No sé por dónde vamos. La yegua me hizo perder las señales —dijo Heladio.

— Es mejor que sigamos —propuso Hugo.

Ese lado parecía más abrupto, resultaba más difícil y sin embargo avanzaban sobremanera entre la maleza. Al mirar atrás vieron La Cumbre, altísima; seña, sin duda, de la prisa con que bajaban. Más abajo plateaban las copas de los yarumos y después tenían sobre sus cabezas el tejido de las frondas de los corpulentos árboles, písamos, ceibas, y samanes, jiguas, nacederos y la humedad de la montaña. Sus piés se hundían en el mantillo de hojas secas y olían la descomposición de la capa vegetal.

— No podemos seguir tan rápido. Parece que mi hermana está mal.

— Metámonos allí —dijo Heladio, señalando el saliente de una piedra muy grande.

Con cuidado acostaron a la niña que venía entre sustos y desmayos. Se la veía con su vestido deshilachado y sucio, con la carita pálida y mugrosa; de lo escuálida parecía una exhalación.

Hugo la contemplaba con profunda tristeza. Le daban ganas de llorar.

— Creo que debemos acabar con ese individuo —dijo Hugo.

— Estamos perdidos Hugo; debemos buscar salida. Hay que llevarla inmediatamente al puesto de salud.

— Si no acabamos con él este sujeto vuelve después a sus andanzas.

— Hugo; no debemos dejarnos coger de la noche. Ya se está haciendo tarde.

A Hugo se le vinieron las lágrimas y quebró un palo contra sus propias rodillas. De largos vuelos llegaban las bandadas de loras, gritando, a las copas de los árboles; bulliciosas se movían en sus ramas y saltaban de una a otra en busca de acomodo.

Intentaron la salida sin lograrlo. Insistieron y fue en vano. La niña abrió sus ojos cuando los últimos rayos del sol pasaron como un brillo fugaz en sus pupilas. Delicadamente parpadeaba en la penumbra y volvió a desmayarse; entonces la noche los arrinconó en la piedra. La temperatura empezó a descender y la humedad de la densa neblina emparamaba sus ropas. La niña tiritaba del frío. Por un momento calmó la ventisca y en medio de la selva se abrió una cúpula azul que arriba titilaba en mil estrellas, y una entre ellas, de hermosa cabeza luminosa y larga cola larga, describió una extensa curva en el vivo resplandor. Heladio llamó la atención de su amigo:

— Un cometa.

— ¿Será el Halley?

— Puede ser.

— ¡Qué bello!

El desplazamiento del cuerpo en el espacio le recordaba la tradicional ilustración de navidad. Absortos en aquella inesperada visión permanecieron callados hasta que de

nuevo llegó la llovizna y se cubrió el cielo. La oscuridad se cerró aún más; completamente. Estando juntos no se veían; solo escuchaban arreciar el aguacero que torrencialmente cayó durante toda la noche.

## XVI

La yegua que se había echado cerca al hombrecito lamió sus heridas. El aliento del animal lo despertó. Notó la ausencia de la niña y al ver el lazo en el suelo recordó lo sucedido. Estaba irritado pero más razonable que de costumbre. El aguacero le hacía bien y amortiguaba su dolor y su tristeza. El también la quería. Un relámpago iluminó su cara aporreada, y el rayo cayó después, en algún sitio. Hugo y Heladio lo escucharon.

Le dijo el hombrecito a la yegua:

— Sorpresa, aun no me han ganado ésta. Tu sabes lo que les daré.

La yegua vieja lo empujó afectuosa.

## XVII

Los Macías se extrañaron de encontrar ese caballo de madera en el potrero; prudentes llamaron al Inspector para entregárselo. La situación era alarmante. Las cosas que estaban sucediendo eran desconcertantes y negativas, y para peor de males, también Hugo y Heladio habían desaparecido sin ninguna explicación. Ninguno de los dos había dicho nada en su casa, ni en éstas habían notado detalle alguno que les sirviera

de indicio. Sólo a José, que estaba en la parte alta de la finca de don Ignacio, le pareció verlos atravesando el río por el puente colgante; pero no estaba seguro.

Al tercer día se reunieron en la Inspección para tomar una determinación. Inmediatamente decidieron formar varias partidas para ir a buscarlos. Don Adán se fue con su gente siguiendo el curso del río: visitarían los guaduales cercanos a La Balastrea y los meandros del valle; Don Ramón, y sus vecinos, rastrearían, una vez más, la loma del mandúl. Con ellos iba el cura Jenaro cabestreando al “Comino” angarillado, llevando una rastra de guaduas para colocar las cruces. Resaltaba la testera roja en la jáquima del fuerte y dócil animal. Pisaba lentamente escuchándose el golpe de las herraduras sobre las piedras. José y los demás subirían a La Bandera.

Esa mañana, con los primeros rayos del sol, Hugo salió a explorar la zona. Una bandada de garzas blancas volando hacia occidente le hizo pensar que talvez hacia allá quedaban los potreros bajos de la finca de Arturo González. Subió a lo alto de un árbol y pensó en la ruta que podrían tomar. Divisó una antigua senda, a trechos intransitable, pero que de todas maneras parecía llevarlos a algún sitio, en esa dirección. Se abrían paso cuando escucharon el primer disparo; el segundo parecía su eco, pero no, era demasiado distante. Se detuvieron un momento; en el suelo arcilloso había huellas de botas. Encontraron una cantimplora que respetaron. La miraron sin tocarla con nerviosa curiosidad y se apresuraron. La niña iba realmente muy mal. Al escuchar la tercera detonación Heladio creyó distinguir que no era ruido de arma de fuego si no más bien un cohete. Esa era una costumbre del lugar para avisar a los



perdidos, después que unos excursionistas, muchos años atrás, se extraviaron en el monte. La historia cuenta que estuvieron dando vueltas varios días, semanas, a un mismo punto. Incluso un campesino que fue a auxiliarlos y llevaba agua de panela\* no regresó jamás. Un impulso repentino llevó a Heladio a gritar. Se sintió ridículo. Tendría que buscar una mejor posición para que pudieran oírlo. Escucharon el ruido de un helicóptero que sobrepasó la montaña y no volvió a verse. Al salir a un claro pudieron ubicarse. Habían tomado el lado opuesto de la loma.

Era cuestión de bajar. La misma senda los llevaba. Aligeraron el paso. Escucharon otro cohete y esta vez también lo vieron. Heladio pegó el grito. José le respondió y enseguida se encontraron: venían por la misma senda. Alegrementemente se sorprendieron todos, especialmente los vecinos, al verlos con la niña. Los relevaron con la camilla, les dieron agua y pedacitos de panela, preguntándole toda clase de detalles. Entraron al pueblo donde lo primero que hicieron fue llevar la niña al puesto de salud. Venía desfallecida.

## XVIII

Pronto se recuperará —dijo la enfermera. —Por lo pronto dejémosla descansar.

— Gracias a Dios —dijo doña Mercedes.

— Los que se tiene que cuidar son los muchachos; vienen comidos por los mosquitos.

— No se pueden descuidar.

Heladio y Hugo, entre alegría y rabia contaron su ardid para atrapar al hombrecito y dar con el paradero de la niña.

— Bien pensado —dijo José.

Los vecinos compartían con la familia el fin de ésta angustia y la alegría de tener de nuevo a su hija. Todos tenían temor de que les sucediera lo mismo.

## XIX

Días después hicieron una ida expresamente para matarlo, pero no lo encontraron ni a la yegua. La covacha estaba abandonada aunque todavía olía a mico. Unas cuantas frutas arrugadas y podridas les dieron a entender que por lo menos hacía una semana se había ido.

Llegó el fin del año escolar. Hugo y Heladio que terminaron bachillerato fueron a prestar el servicio militar. Por esos días, en la Balastrera el hombrecito cogió el bus y se bajó en el pueblo.

El hombrecito era criatura obstinada y volvió a montar durante las noches en los caballos de los Macías hasta que el canto de los gallos se repetía al clarear. Incluso se había vuelto porfiado y rondaba nuevamente la casa de don Ramón. Varias veces entró en la cocina. Conocía la distribución de los muebles. En algunas ocasiones se quedó por el tanque viendo a la niña echarle maíz a las gallinas desgranando una mazorca. Los ojos le brillaron, pero la niña se entró a ayudar a su mamá. El perro había aprendido a reconocer su olor a mico. Lo olfateaba y salía a corretearlo. Doña Mercedes aparecía a regañarlo porque creía que se estaba volviendo come gallinas.

— Otra vez está este perro persiguiendo a las gallinas —dijo, asomándose con un manojo de perejil en la mano.

El hombrecito intentó aproximarse a las niñas a la salida de la escuela aunque Amparo no había vuelto a clases. Doña Dioselina las cuidaba de los sustos y chanzas pesadas que le hacían los muchachos.

Habían vuelto a aparecer los caballos con las crines trenzadas; se estaban trasponiendo los objetos. Alguien aseguraba haberlo visto. Las lavanderas decían que un hombrecito se sentaba en las piedras grandes de la quebrada, cerca de las más jóvenes.

Durante un permiso que les concedieron a Hugo y a Heladio para visitar a sus familiares les contaron. Hugo les sugirió cortar el pelo a las niñas.

— Se los aconsejo —les dijo.

— ¿Y las vamos a mantener siempre con el pelo rapado? —les respondió una de las mamás.

— Ellas son vanidosas y no se lo dejan cortar —argumentó otra.

— No lo hagan para que vean; después no vengán a llorar —reconvino.

Hugo y Heladio se reunieron con sus amigos en la tienda. Comentaban sus experiencias.

Fue después, en el cuartel, que encontró la solución para desterrar al hombrecito de la región, ya que no había podido acabar con él. En una hora de descanso, tras un día caluroso de fuertes ejercicios, se sentó en el camarote a rasgar algunas notas en el tiple. Se le vino el recuerdo de aquel que un día oyó cerca al mandúl y se puso a pensar en el porqué de esa antigua asociación del Duende al tiple. Recordó todas las penalidades y sufrimientos que había padecido a causa del rapto de su hermanita, que

se mantenía nerviosa e impresionada. No podía apartar esta preocupación. A cualquier hora, en cualquier parte, la idea de que volviera a suceder lo atormentaba. Sentado, allí con el tiple mitigaba su pena.

## XX

Al terminar de pagar el servicio militar regresaron a la vereda, Heladio convertido en peluquero y Hugo, en maestro de carpintería. No eran de los que se dejan atraer por las luces y diversiones de la gran ciudad. Tras ese espejismo sabían que aparecía cruda y real toda la miseria, la degradación, el crimen. Ellos preferían los oficios tradicionales por ahora, tal vez después verían. Allí en el pueblo, Hugo fabricaba guitarras, tiples, bandolas. No solo las hacía sino que integró un trío con don Julio y Efrén. Tocaban los sábados y en los festivales.

El hombrecito llegó a uno de ellos. Lo hacían con motivo de las fiestas patronales, el día de San José. Hugo que tocaba creyó reconocerlo.

Siempre le había pasado lo mismo; lo reconoció pero no podía precisar que fuera exactamente él. Le quedaba el temor de equivocarse. Lo vió sentarse en la mesa. Lo saludó. Hugo no quiso responderle. El hombrecito dio señas de no importarle tampoco. Hugo lo vió levantarse, pasear su pequeña estatura por el gran salón y pedir una cerveza. La situación no tuvo mayor trascendencia y se confundió en la animación general.

Hugo quedó totalmente desconcertado cuando el hombrecito ya con tragos le pidió que tocara “los arrayanes”. Don Julio miró fijamente, sin decir nada.

— Después, cuando terminen de poner esa casete —le dijo.

— Gracias —y regresó tambaleándose a la mesa.

Hugo creyó reconocer los zapatos. Se erizó. El hombrecito estaba desentendido y campechano, contento. Cuando el trío comenzó otra vez a tocar, el hombrecito emocionado, aplaudía. Estaba dispuesto y bromeaba con todos. El tiempo transcurrió rápido y la tarde dejó el sitio a la noche. Los campesinos estaban animados y el licor los ayudaba. El propio Hugo se había tomado sus aguardientes. Pasando junto al hombrecito, le dijo:

— Señor ¿no nos hemos visto alguna vez?

— No creo —y a su vez preguntó: —¿Ha ido a Pasto?

— No.

— Pues no creo que nos hayamos visto; estoy recién llegado. Voy para Armero.

— ¿Armero? ¡Desapareció! ¿No lo sabe?

— Sí.

— ¡Ah!

A Hugo le molestó esta conversación. Caminó hasta la puerta de donde lo devolvió una patrulla del ejército que entró tomando posiciones y pidiendo a los parroquianos la exhibición de sus documentos de identidad. Hugo mostró su libreta militar de primera clase y cada quien su cédula. No se demoraron, subieron a un camión y desaparecieron. Llevaba algunos jóvenes retenidos, indocumentados. El festival se reanudó cuando pusieron la música. A media noche Hugo tocaba con dificultad a pesar del buen propósito de no beber que se había hecho al principio, pero como todos le brindaban un trago, de uno en uno se había embriagado. Al final Hugo

mismo bebía de buena gana. El trío había pedido su botella. Solo don Julio no tomaba. Efrén ya no tocaba, prefería compartir con los entonados contertulios. No era cosa de aislarse, no; por el contrario, debía aceptar y devolver las atenciones. Cruzaba el salón haciendo esos llevando la copa en la mano como un equilibrista, chanceándose con todos. El hombrecito se había unido a otro grupo que bebía y desafinaba repetidos fragmentos de canciones alegres. Hugo, excitado por la bebida llegó hasta allí, y observó sin importancia al hombrecito. Después de que quitaron la música siguieron cantando un rato y pensando en ir a parar a otro lugar salieron de allí. Hugo llevaba el tiple bajo el brazo y no preguntaba cuál era su destino. No le importaba poner su brazo en el hombro de su acompañante. El grupo se dividió y los dos hacían curvas a lo largo de la carretera y tropezaban con las piedras con gran peligro de su equilibrio, y así en esta tenaz e inesperada alianza lograron llegar hasta el puente donde había resbalado la yegua pinta del doctor Rufat, según se cuenta en el lugar. Se sentaron en el muro. Hugo se frotó los ojos y se esforzó en ver los pavos pesados que volaron sobre la cañada.

## XXI

Entonces el hombrecito sin darles importancia, le pidió le prestara el tiple. Hugo se lo pasó y él empezó a interpretar una melodía que algo le recordaba.

— No lo hace mal —le dijo.

— Es lo que más me gusta en la vida.

Hugo bebió un trago y le pasó la botella. El hombrecito bebió retomando el tiple. Los dos permanecieron allí sin importarles nada. Abandonados a la noche, desobligados de toda responsabilidad.

— ¿A dónde va ahora? —preguntó Hugo.

— Aquí estoy bien —contestó el hombrecito, quien veía a Hugo cabecear de sueño.

— ¿Sabe que usted me resulta conocido?

— Sí, ya me lo dijo. Es posible que nos hayamos visto pero no se me ocurre dónde.

— Pero nos hemos visto —dijo entrecortado y se quedó dormido en el puente.

## XXII

Doña Chava fue quien se lo encontró. Lo despertó con dificultad, y pasó un buen rato antes de que recordara algo.

— ¿Qué hizo el tiple? —le preguntó

— No me acuerdo.

— Usted salió con él. Se vino cantando con ese hombrecito..

— ¿Con quién?

— Con el hombrecito ese que dice...

— ¿Cuál hombrecito?

— El del sombrero ancho que dice que está donde los Salgado.

— ¿Salgado? ¿Cuáles Salgado?

— No se; pero eso es lo que él dice. Y ¿dónde va a buscar su tiple?

— En ésta región no hay Salgados.

— Se le robaron el tiple. Venga Hugo, venga para la casa y duerme bien. Después ya verá qué hace.

— ¡Hum! —exclamó Hugo. —Tengo dolor de cabeza.

Después de descansar, se bañó con agua fría para refrescar su memoria.

Solo lograba llegar hasta el momento en que se unió a aquel grupo, en el que estaba el hombrecito. Admitió, incómodo, que era inútiles sus esfuerzos.

El martes ya todo era normal. Había momentos en que se paraba intentando recordar algo que no sabía qué era. Concluyó que por haber pasado esa noche bebiendo con el hombrecito por alguna razón habían quedado ligados. De cierta manera lo esperaba. Sabía que aparecería. No podía dejarse sorprender. Así fue: un día llegó. O Hugo creyó que él era. Para Hugo era el Duende. Pero, si era de verdad, ¿qué quería? Tramaba una venganza.

— Buenas tardes —saludó

— Buenas —respondió Hugo.

— ¿Qué se le ofrece?

— ¿Tiene cuerdas para tiple?

— Sí... Dígame ¿usted es..., el señor que estuvo en el festival?

— ¿En cuál festival?

— El de la semana pasada.

— No.

— Pero si estuvimos juntos.



— Disculpe. Seguramente me confunde.

— No creo.

— ¿Tiene las cuerdas? —dijo secamente.

— No —dijo Hugo. -Pero se las puedo conseguir...

El hombrecito se desconcertó.

— ¿Para cuándo?

— El sábado.

— Bueno.

El hombrecito salió y Hugo no sabía si mirarle los zapatos, o la ruana, o el sombrero.

Es él, y necesita cuerdas para el tiple —se dijo Hugo.

En eso entró doña Chava.

— Ese fue —dijo.

— Se lo dije, pero me contestó que lo estaba confundiendo.

— Esto está raro. Es más; Rubiela, la hija de la lavandera, lo acaba de ver, y me dijo que es el que sale a la quebrada.

Entonces Hugo le puso la trampa del tiple. Esperó hasta el sábado, aunque pensó que sus preguntas lo habían prevenido y no se arriesgaría. No fue así: el sábado sí volvió.

Hugo sintió un fuerte recelo pero controló sus expresiones. Lo saludó amablemente y poniendo en práctica el plan le dijo.

— Se las conseguí.

— Magnifico —contestó.

— Disculpe, se las doy enseguida, que las estuve ensayando. Voy por ellas.

Hugo se agachó y sacó del mostrador un tiple y empezó a tocar sus cuerdas destempladas. El hombrecito se aturdió. Se llevó las manos a los oídos.

— Por favor, no las toque —dijo en tono suplicante.

— Es para dárselas ensayadas —dijo, y tocó de nuevo el instrumento.

El hombrecito esta vez se irritó y golpeó fuertemente el mostrador.

— No haga eso —gritó.

Hugo retrocedió. La prueba había dado resultado, era él, no podía soportar la cuerdas flojas.

El hombrecito se las arrebató y salió. Hugo fue por su escopeta tan rápido como pudo, lo vio cruzar por la ventana, corrió a ella y al asomarse se había esfumado. Eso ya no importaba. Había encontrado la verdadera contra, el santo remedio. A partir de ese día los moradores de la región pusieron en las puertas de sus casas, en los potreros, en los árboles, tiplecitos que Hugo fabricaba, a los que ponía cuerdas destempladas. Al principio el hombrecito contrariado golpeaba a la gente y tiraba terrones a las casas. Hugo hizo una serie de tiplecitos aún más pequeños, miniaturas, que se colgaban al cuello. Entonces le fue insoportable esta situación y el hombrecito salió de la región a la que retornó la tranquilidad y la calma. Por eso en la región se toca el tiple con cierto aire destemplado para no atraer al Duende.